

119. Fue una vez abba Ammonas a visitar a abba Antonio y perdió el camino. Se sentó y durmió un rato, y levantándose del sueño oró a Dios diciendo: “Te pido, Señor y Dios mío, no pierdas a tu criatura”. Se le apareció una como mano de hombre suspendida en el cielo, mostrándole el camino, hasta que llegó a la cueva de abba Antonio y se detuvo frente a ella.

120. Al mismo abba Ammonas predijo abba Antonio que progresaría en el temor de Dios. Lo llevó fuera de la celda y, mostrándole una piedra, le dijo: “Injuria a esa piedra y golpéala”. Así lo hizo. Le preguntó abba Antonio: “¿Habló la piedra?”. Respondió: “No”. Abba Antonio le dijo: “También tú llegarás a esta medida”. Y así sucedió. De tal manera adelantó abba Ammonas que, por su gran bondad, no conocía la malicia. Cuando fue hecho obispo le presentaron una joven encinta diciendo: “Ella ha hecho esto, castígalas”. Mas él hizo la señal de la cruz sobre el vientre de la joven y mandó que le diesen seis pares de sábanas, diciendo: “No suceda que, llegado el parto, muera ella o el niño, y no encuentren para la sepultura”. Los que acusaban a la mujer le dijeron: “¿Por qué has hecho esto? ¡Castígalas!”. Les respondió: “Mirad, hermanos, que está cerca la muerte, ¿qué debo hacer yo?”. Los despidió, y no se atrevió ningún anciano a condenar a nadie.

121. Contaban de él que fueron algunos que debían ser juzgados por él. El anciano se hacía el loco. Una mujer que estaba allí cerca dijo: “Este viejo está loco”. Al oírla el anciano llamó a la mujer y le dijo: “¡Cuánto he debido esforzarme en los desiertos para adquirir esta locura, y hoy tengo que perderla por tu culpa!”.

122. Fue una vez abba Ammonas a comer a un lugar donde habitaba un hombre de mala reputación. Sucedió que llegó una mujer y entró en la celda del hermano de mala fama. Sus vecinos, al saberlo, se turbaron, y se reunieron para expulsarlo de la celda. Supieron entonces que se encontraba allí el obispo Ammonas, y fueron a pedirle que se uniera a ellos. Cuando el hermano lo supo, tomó a la mujer y la escondió en un tonel. Al llegar con la muchedumbre, abba Ammonas sabía lo sucedido, pero lo disimuló por Dios. Entró y sentándose sobre el tonel, mandó revisar la celda. Después que buscaron por todas partes sin encontrar a la mujer, dijo abba Ammonas: “¿Qué es esto? Dios os perdone”. Después de

orar los hizo marcharse, y tomando la mano del hermano, le dijo: "Hermano, cuídate". Y dichas estas palabras se retiró.

123. Preguntaron a abba Ammonas sobre el camino angosto y duro, y respondió: "El camino angosto y duro es éste: obligar a sus pensamientos y cortar las voluntades propias por Dios. Esto es también aquello de: Hemos dejado todo y te hemos seguido".

ABBA AQUILES

Nada se sabe acerca de este Padre. Los apotegmas nos lo presentan austero y dedicado a la más ruda ascesis, pero al mismo tiempo de una discreción muy fina y caridad profunda.

124. Fueron tres ancianos a visitar a abba Aquiles, y uno de ellos tenía mala reputación. Uno de los ancianos le dijo: "Abba, hazme una red". Le respondió: "No lo haré". Otro le dijo: "Hazlo, por caridad, para que tengamos un recuerdo tuyo en el monasterio". Respondió: "No tengo tiempo". El tercero, el que tenía mala reputación, dijo: "Hazme una red, para tener algo salido de tus manos, abba". Le respondió en seguida, diciendo: "La haré para ti". Los otros dos ancianos le dijeron aparte: "¿Por qué cuando te lo pedimos nosotros no quisiste hacerlo, y a éste le dices: La haré para ti?". El anciano respondió: "Os dije: No lo haré, y no os entristecisteis, pensando que yo no tendría tiempo; pero si yo no lo hiciera para este otro, diría: Es porque el anciano ha oído hablar de mi falta que no quiere hacerlo. En seguida cortamos la cuerda. Desperté su alma, para que no la consumiese la tristeza".

125. Dijo abba Bitimio: "Bajaba yo una vez hacia Escete, y me dieron unas pocas frutas para que las regalase a los ancianos. Llamé a la celda de abba Aquiles para ofrecérselas, pero él me dijo: En verdad, hermano, no quiero que llames aunque fuese maná (lo que traes), ni vayas tampoco a otra celda. Me retiré a mi celda y llevé las frutas a la iglesia".

126. Fue una vez abba Aquiles a la celda de abba Isaías en Escete, y lo encontró comiendo. Había puesto en un plato sal y

agua. El anciano, al ver que lo ocultaba detrás de las esteras, le dijo: “Dime, ¿qué estás comiendo?”. Le respondió: “Perdóname, abba, estaba cortando palmas y subí a causa del calor, y me eché a la boca un mordisco con sal, pero por el calor ardió mi garganta y no baja el bocado. Por eso, me vi obligado a echar un poco de agua en la sal, para poder comer. Perdóname, pues”. Dijo el anciano: “Venid y ved a Isaías comiendo una salsa en Escete. Si quieres comer una salsa, sube a Egipto.

127. Fue un anciano a visitar a abba Aquiles. Vio que salía sangre de su boca y le preguntó: “¿Qué es esto, abba?”. El anciano respondió: “La palabra de un hermano me entristeció, luché para no decírselo. Rogué a Dios que la quitase de mí, y mi pensamiento se convirtió en sangre en mi boca. Lo escupí, y ahora estoy tranquilo y he olvidado la pena”.

128. Dijo abba Amoes: “Fuimos abba Bitimio y yo adonde estaba abba Aquiles, y le oímos meditar esta frase: Jacob, no temas bajar a Egipto. Estuvo mucho tiempo meditando esta frase. Cuando llamamos nos abrió y nos preguntó: ¿De dónde sois? Tuvimos miedo de decirle que veníamos de Kellia y dijimos: De la montaña de Nitria. Dijo: ¿Qué puedo hacer por vosotros, que sois de tan lejos? Y nos hizo entrar. Lo encontramos trabajando por la noche y haciendo muchas esteras. Le rogamos que nos dijera una palabra. El dijo: Desde el atardecer hasta este momento he tejido veinte medidas (de seis pies), y no tengo necesidad de ello. Pero es para que no se indigne Dios y me acuse, diciendo: ¿Cómo es que, pudiendo trabajar, no trabajas? Por eso me esfuerzo y hago todo lo que puedo. Y nos retiramos edificados”.

129. Otra vez, un gran anciano vino desde la Tebaida hasta donde estaba abba Aquiles, y le dijo: “Abba, estoy tentado por tu causa”. Le contestó: “Vamos, ¡también tú, anciano! ¿Así que estás tentado por mi causa?”. El anciano le dijo, por humildad: “Sí, abba”. Estaba sentado junto a la puerta un viejo ciego y cojo. El anciano dijo: “Desearía permanecer aquí durante algunos días, pero no puedo hacerlo por este anciano”. Al oírlo abba Aquiles se admiró de su humildad y dijo: “Esto no es fornicación, sino envidia de los malos espíritus”.

ABBA AMOES

Habitaba en las Celdas (Kellia) y era hombre silencioso y desprendido, como se lee en los relatos conservados bajo su nombre.

130. Decían acerca de abba Amoes que cuando iba a la iglesia no permitía a su discípulo caminar junto a él, sino alejado. Si se acercaba para preguntar sobre los pensamientos, apenas le había respondido lo apartaba diciendo: “No sea que mientras nosotros hablamos de cosas útiles, se introduzca una conversación extraña; por eso no te permito que estés junto a mí”.

131. Dijo abba Amoes a abba Isaías, al principio: “¿Cómo me ves ahora?”. Le respondió: “Como un ángel, abba”. Más tarde le preguntó: “¿Cómo me ves ahora?”. Le dijo: “Como Satanás. Aunque me digas una palabra buena es para mí como una espada”.

132. Decían de abba Amoes que estuvo enfermo y permaneció acostado durante varios años, y nunca permitió a su pensamiento ocuparse de la parte posterior de su celda para ver lo que tenía allí. A causa de su enfermedad le llevaban muchas cosas, y cuando su discípulo Juan entraba y salía, cerraba los ojos para no ver lo que hacía. Sabía, en efecto, que era un monje fiel.

133. Contaba abba Poimén que un hermano fue a pedir una palabra a abba Amoes. Aunque permaneció siete días con él, el anciano no le respondió. Al fin, al despedirlo, le dijo: “Ve, y está atento a ti mismo. Mis pecados se han vuelto para mí como un muro oscuro entre Dios y yo”.

134. Decían de abba Amoes que había hecho cincuenta medidas de trigo para sí, y las había puesto al sol. Antes de que estuvieran bien secas, vio en ese lugar algo que no era útil para él, y dijo a sus discípulos: “Vayámonos de aquí”. Ellos se entristecieron mucho. Al verlos tristes les dijo: “¿Os entristecisteis a causa de los panes? En verdad, yo he visto huir a algunos, dejando sus celdas blan-

queadas y sus libros de pergamino, y no cerraban las puertas sino que partieron y quedaron abiertas”.

ABBA AMUN DE NITRIA

Junto con Antonio y Pacomio es considerado como uno de los tres principales fundadores del monacato egipcio. Nacido alrededor del 280, huérfano muy pronto, fue obligado a casarse por un tío suyo. Vivió durante dieciocho años en perfecta continencia con su mujer y alrededor del 320 se hizo monje en la región de Nitria. Después, aconsejado por Antonio, estableció un centro monástico en el desierto de las Celdas. Es mencionado en la Historia lausiaca (8), en la Historia de los monjes (22) y en la “Vida de san Antonio” (6). Murió en 337.

135. Abba Amún de Nitria visitó a abba Antonio y le dijo: “Yo he trabajado más que tú, ¿cómo es que tu nombre es más grande que el mío entre los hombres?”. Le respondió abba Antonio: “Porque yo amo a Dios más que tú”.

136. Decían de abba Amún que una medida de trigo le bastaba para dos meses. Fue en una ocasión a ver a abba Pastor y le dijo: “Si voy a la celda de mi vecino o viene él a la mía por alguna necesidad, tenemos miedo de conversar para que no sobrevenga una conversación extraña”. El anciano le dijo: “Haces bien, porque la juventud necesita vigilancia”. Le dijo abba Amún: “¿Qué hacían los ancianos?”. Respondió: “Los ancianos adelantados en la virtud no tenían en ellos nada exterior ni de extraño en su boca, para hablar de ello”. Dijo Amún: “Si se presenta la necesidad de hablar con el vecino, ¿prefieres que hable de las Escrituras o de las palabras de los ancianos?”. Le respondió el anciano: “Si no puedes callar, es mejor hablar de las palabras de los ancianos que de las Escrituras. Pues el peligro no es pequeño”.

137. Un hermano fue desde Escete hasta donde estaba Amún, y le dijo: “Mi abba me manda para un servicio, mas temo la fornicación”. Le dijo el anciano: “Cuando llegue la tentación a ti, di: ¡Oh! Dios de los ejércitos, líbrame por las oraciones de mi abba”.

Un día, una virgen se encerró con él, y el monje clamó con voz fuerte: “Dios de mi abba, líbrame”, y se encontró en seguida en el camino que conduce a Escete.

ABBA ANUB

Anub fue el hermano mayor de abba Pastor y su formador. Junto con él y otros cinco hermanos vivieron juntos en Escete, hasta que la primera devastación (407) los obligó a establecerse en Terenutis (unos sesenta kilómetros al norte de El Cairo).

138. Abba Juan contaba que abba Anub y abba Pastor, con los restantes hermanos, nacidos del mismo vientre y que se habían hecho monjes en Escete, partieron cuando vinieron los maziqueos y lo devastaron la primera vez, y se retiraron a un lugar llamado Terenutis hasta decidir dónde les convenía habitar. Y permanecieron allí algunos días en el antiguo templo. Dijo abba Anub a abba Pastor: “Hazme la caridad, tú y cada uno de los hermanos habita solos y separadamente, sin encontrarnos en toda la semana”. Respondió abba Pastor: “Haremos como tú quieres”. Y lo hicieron así. Había en el templo un ídolo de piedra. Todas las mañanas el anciano abba Anub se levantaba al amanecer y tiraba piedras al rostro del ídolo, y por la tarde le decía: Perdóname. Pasó la semana haciendo esto. Al fin, el sábado se reunieron y abba Pastor preguntó a abba Anub: “Te he visto apedrear durante toda la semana el rostro de la estatua, abba, y pedirle después perdón; si eres hombre de fe, ¿cómo haces eso?”. Le respondió el anciano: “Esto lo hice por vosotros. Me visteis echar piedras al rostro de la imagen, ¿acaso habló o se enojó?”. Abba Pastor dijo: “No”. “Y después, cuando me postré en una metanía, ¿acaso se turbó y dijo: No te perdono?”. Abba Pastor dijo: “No”. El anciano le dijo entonces: “Nosotros somos siete hermanos. Si queréis que habitemos juntos hemos de ser como esta estatua, que no se turba así se la insulte o se la alabe. Pero si no queréis vivir de este modo, hay cuatro puertas en el templo. Vaya cada uno adonde le plazca”. Todos se echaron por tierra diciendo a abba Anub: “Haremos como tú dices, abba, y obedeceremos lo que nos mandes”. Dijo abba Pastor: “Permanecemos juntos todo el tiempo, haciendo la palabra que nos

decía el anciano. Puso él a uno de nosotros como ecónomo, y lo que nos daba, eso comíamos, y ninguno podía decir: Tráenos otra cosa, o no podemos comer de esto. Pasamos de este modo todo nuestro tiempo en la quietud y la paz”.

139. Dijo abba Anub: “Desde que el nombre de Cristo fue pronunciado sobre mí, no ha salido una mentira de mi boca”.

ABBA ABRAHAM

Los tres apotegmas que se refieren a este monje no nos revelan nada de su biografía.

140. Contaban acerca de un anciano que pasó cincuenta años sin comer pan ni beber vino fácilmente, y que decía: “He matado a la fornicación, a la avaricia y a la vanagloria”. Al oír que hablaba de este modo, fue abba Abraham a verlo y le dijo: “¿Dijiste tú tales cosas?”. Respondió: “Sí”. Abba Abraham le dijo: “Mira, si entras en tu celda y encuentras una mujer sobre tu lecho, ¿puedes acaso pensar que no es una mujer?”. Respondió: “No, pero lucharé contra mi pensamiento, para no tocarla”. Le dijo abba Abraham: “No la has muerto, entonces, sino que todavía vive en ti la pasión, pero está atada. Imagina también que pasando ves oro entre piedras y ladrillos, ¿puede tu pensamiento considerarlo como si fueran del mismo valor?”. Respondió: “No, pero lucharé contra el pensamiento, para no recogerlo”. El anciano le dijo: “Vive (la pasión), pero está atada”. Le dijo abba Abraham: “Si oyes de dos hermanos, que el uno te ama y el otro te odia y habla mal de ti, y sucede que vienen ambos a verte, ¿recibirás a los dos del mismo modo?”. Dijo: “No, pero lucharé contra el pensamiento para obrar bien tanto con el que me odia como con el que me ama”. Le dijo abba Abraham: “Viven entonces las pasiones, y son solamente sojuzgadas por los santos”.

141. Interrogó un hermano a abba Abraham, diciendo: “Si tuviera que comer muchas veces, ¿qué sería esto?”. Respondiendo, dijo el anciano: “De qué hablas, hermano? ¿Tanto comes? ¿O te crees que has venido a trillar?”.

142. Relató abba Abraham de un monje de Escete que era escriba y no comía pan. Un hermano fue a verlo, y le rogaba que le copiase un libro. El anciano, que tenía su espíritu en la contemplación, lo escribió omitiendo frases y sin puntuación. El hermano, al tomar el libro, vio que le faltaban frases y dijo al anciano: “Abba, faltan frases”. El anciano le respondió: “Vete, y pon primero en práctica las que están escritas, y después ven y te escribiré las que faltan”.

ABBA ARES

Es, este abba del desierto, tan desconocido como el anterior.

143. Fue abba Abraham donde abba Ares, y cuando se hubieron sentado llegó un hermano para ver al anciano, y le dijo: “Dime qué debo hacer para salvarme”. El le respondió: “Ve y haz esto durante un año: come al atardecer pan con sal, y ven otra vez entonces y hablaré contigo”. Así lo hizo. Al cumplirse el año, fue nuevamente el hermano adonde estaba abba Ares. Se encontraba allí abba Abraham. Nuevamente le dijo el anciano al hermano: “Ve, y durante este año ayuna día por medio”. Cuando el hermano se hubo retirado, dijo abba Abraham a abba Ares: “¿Por qué impones a todos los hermanos un yugo liviano, pero a éste infliges un fuerte peso?”. Le respondió el anciano: “Los hermanos según lo que buscan oír, se van, pero este viene a escuchar la palabra de Dios. Es un buen obrero: hace con diligencia lo que le digo. Por eso, le digo la palabra de Dios”.

ABBA ALONIO

Alonio era conocido de abba Pastor, con el cual vivió en Escete. Tuvo un discípulo llamado José.

144. Dijo abba Alonio: “Si el hombre no dice en su corazón: Yo solo y Dios estamos en el mundo, no tendrá descanso”.

145. Dijo también: “Si no destruyo todo, no podré reedificarme a mí mismo”.

146. Dijo el mismo: “Si lo quisiera el hombre desde la mañana hasta la tarde llegará a la medida divina”.

147. Preguntó abba Agatón a abba Alonio, diciendo: “¿Cómo podré dominar mi lengua para no decir mentira?”. Le respondió abba Alonio: “Si no mientes, cometerás muchos pecados”. Le preguntó: “¿Cómo?”. Díjole el anciano: “Dos hombres cometieron un homicidio en tu presencia, y uno de ellos huyó a tu celda. Lo busca el magistrado y te pregunta: ¿No se cometió un homicidio en tu presencia? Si no mientes, entregas al hombre a la muerte. Conviene más que lo abandones sin ligadura delante de Dios, pues él lo sabe todo”.

ABBA APPHY

Oxyrrynco, antigua ciudad, situada a unos doscientos kilómetros al sur de El Cairo, es mencionada en la historia de los monjes de Egipto como sede episcopal y centro monástico importante (capítulo 5). También otros apotegmas hablan de un monje Apphy convertido en obispo de aquella ciudad.

148. Contaban acerca de un obispo de Oxyrrynco, llamado abba Apphy, que cuando era monje llevaba una vida austerísima. Fue hecho obispo y quiso llevar la misma austeridad en el mundo, y no pudo. Se postró ante Dios, diciendo: “¿Acaso la gracia se ha retirado de mí a causa del episcopado?”. Y tuvo esta revelación: “No, pero mientras estabas en el desierto y no se encontraba allí ni un hombre, Dios ayudaba, pero estás ahora en el mundo y los hombres te ayudan”.

ABBA APOLO

Los tres apotegmas que siguen son atribuidos a un solo monje, pero en realidad se trata de tres personas distintas: el primero

vivía en el desierto de las Celdas; el segundo en Escete y el tercero en la región de Hermópolis, en el Alto Egipto. Este último es el más conocido, gracias al largo capítulo que le consagra la "Historia de los monjes de Egipto" y que es extractado en el apotegma número 151 (HM 8). También Casiano nos habla de un abba Apolo (Conl. 2, 13 y 24, 9).

149. Había en Kellia un anciano llamado Apolo, que si venía alguno a pedirle que lo ayudase en cualquier trabajo, iba con gusto, diciendo: "Hoy tengo que trabajar con Cristo para bien de mi alma". Este es el premio del alma.

150. Decían de cierto abba Apolo, de Escete, que era pastor y muy rústico. Vio una mujer grávida en el campo, y movido por el diablo dijo: "Quiero ver cómo está el niño en su seno". Lo abrió y vio al niño. Mas en seguida se turbó su corazón y, arrepentido, fue a Escete y anunció a los Padres lo que había hecho. Los oyó salmodiar: "Los días de nuestros años son setenta años, ochenta en los fuertes, y más que esto sufrimiento y dolor". Díjoles entonces: "Tengo cuarenta años y nunca he orado, pero si desde ahora vivo otros cuarenta, no cesaré de orar a Dios para que perdone mi pecado". No hacía ningún trabajo manual, sino que oraba continuamente, diciendo: "Como hombre pequé; tú, como Dios, perdóname". Esta su oración la meditaba noche y día. Un hermano vivía con él y le oía estas palabras: "He faltado contra ti, Señor, déjame descansar un poco". Tuvo al fin la revelación de que Dios había perdonado todos sus pecados, también el de (la muerte de) la mujer. Mas nada sabía acerca del crimen del niño. Pero uno de los ancianos le dijo: "Dios te ha perdonado también el crimen del niño, pero te deja en la aflicción porque así conviene a tu alma".

151. Dijo el mismo acerca de la acogida que se da a los hermanos: "Debemos venerar a los hermanos que vienen, pues no veneramos a ellos sino a Dios. Si has visto a tu hermano —dijo—, has visto al Señor tu Dios. Y esto —dijo también—, lo hemos recibido de Abraham. Cuando recibís a los hermanos, invítadlos a reposarse. Esto lo aprendimos de Lot, que rogó a los ángeles".

ABBA ANDRES

La figura de este monje nos es completamente desconocida.

152. Dijo abba Andrés: “Estas tres cosas conviene al monje: la peregrinación, la pobreza y la paciencia en el silencio”.

ABBA AIO

Debió vivir en la Tebaida. Aparece un abba Aio interrogando a Macario en el apotegma número 494.

153. Se relataba acerca de un anciano de la Tebaida, abba Antiano, que en su juventud había hecho muchas obras, pero, viejo ya, enfermó y quedó ciego, y los hermanos tenían muchas atenciones para con él por su enfermedad, y le daban de comer en la boca. Preguntaron entonces a abba Aio: “¿Qué pasará con tantas atenciones?”, y les respondió: “Os digo, Dios lo sacaría de este sufrimiento, si su corazón deseara estas atenciones y las recibiera con gusto, aunque comiese de este modo solamente un bocado, pero si no las quiere, sino que las acepta a la fuerza, Dios conservará salvo su trabajo, porque toma esto sin quererlo, mientras que los hermanos, por su parte, recibirán un premio”.

ABBA AMONATHAS

Este monje de la región de Pelusio debió gozar de mucha autoridad entre sus compañeros. Es uno de los pocos apotegmas con aura de leyenda.

154. Llegó una vez a Pelusio un magistrado, y quiso exigir el impuesto a los monjes, como lo hacía con los seculares. Se reunieron todos los hermanos en la celda de abba Amonathas para tratar

este asunto, y decidieron que fueran algunos Padres a ver al emperador. Les dijo abba Amonathas: “No hay necesidad de afligirse tanto; más bien permaneced tranquilos en vuestras celdas y ayunad durante dos semanas, y por la gracia de Cristo yo solo trataré el asunto”. Volvieron los hermanos a sus celdas, y el anciano permaneció en la suya. Cuando se cumplieron los catorce días, se enojaron los hermanos contra el anciano porque no lo habían visto ponerse en movimiento, y dijeron: “El anciano ha descuidado nuestro asunto”. En el decimoquinto día se reunieron los hermanos, como habían establecido, y el anciano se llegó hasta ellos trayendo la carta marcada con el sello del emperador. Al verlo, se maravillaron los hermanos, y dijeron: “¿Cuándo la has traído, abba?”. Dijo el anciano: “Creedme, hermanos, que esta noche fui a ver al emperador y él escribió este decreto; fui después a Alejandría para hacerlo firmar por los magistrados, y así vengo hasta vosotros”. Al oírlo, tuvieron miedo, y se postraron en una metanía. Se arregló su asunto y ya no los molestó más el magistrado.

LETRA BETA

BASILIO EL GRANDE

San Basilio Magno (330-379) fue el hermano mayor de san Gregorio de Nysa y de santa Macrina. Después de cierto tiempo pasado en la vida monástica, fue elegido obispo de Cesarea, en el año 370. Sus Regla breve y Regla larga constituyen la base de la espiritualidad monástica de Oriente. Extraña un poco la aparición de la figura del gran obispo capadocio en la colección de los apotegmas. Por su discernimiento y el valor que atribuye a la obediencia, san Basilio es equiparado a los Padres del desierto. El apotegma número 433, atribuido a Casiano, contiene también una palabra del gran Padre de la Iglesia.

155. Dijo uno de los ancianos que mientras visitaba san Basilio un monasterio, después de hacer la debida exhortación (a los hermanos), preguntó al *hegúmeno*: “¿Tienes aquí un hermano obediente?”. Le respondió: “Todos son servidores tuyos, señor, y desean salvarse”. Le dijo nuevamente: “¿Tienes alguno que sea en verdad obediente?”. Le trajo entonces a uno de los hermanos, y san Basilio lo utilizó en el servicio de la mesa. Después de comer trajo (agua) para que se lavase, y san Basilio le dijo: “Ven, también yo te daré (agua) para que te laves”. Aceptó que le echara el agua. Y dijo (Basilio): “Cuando entre en el santuario, acércate para que te ordene de diácono”. Después de hacerlo, lo ordenó también de presbítero, y lo tomó consigo en la casa episcopal, a causa de su obediencia.

ABBA BESARION

Los dichos de Besarión son puestos en boca de su discípulo Dulas. En el apotegma número 159 lo vemos visitando al abba Juan de Licópolis, en el tiempo de la destrucción de los templos paganos de Alejandría, es decir, 391.

156. Dijo abba Dulas, discípulo de abba Besarión: “Yendo una vez hacia la costa del mar, tuve sed, y dije a abba Besarión: Abba, tengo mucha sed. El anciano hizo oración y me dijo: Bebe del agua del mar. El agua se endulzó y bebí. Recogí algo más en un recipiente, por si tenía nuevamente sed. Lo vio el anciano y me dijo: ¿Por qué la recogiste? Le respondí: Perdóname, pero era por si tenía sed otra vez. Dijo entonces el anciano: Dios está aquí y en todas partes”.

157. Otra vez, al presentarse la necesidad, hizo oración y cruzó a pie el río Crisoroas, y prosiguió su camino. Admirado, le pedí perdón y le pregunté: “¿Cómo sentías tus pies al caminar sobre el agua?”. Y me respondió el anciano: “Sentía el agua hasta el talón, pero el resto estaba seco”.

158. Otra vez, mientras íbamos a visitar a un anciano, se puso el sol. Y orando dijo el anciano: “Te ruego, Señor, que el sol se detenga hasta que tu servidor llegue”. Y así se hizo.

159. En otra oportunidad fui a su celda y lo encontré de pie, en oración, con las manos extendidas hacia el cielo. Permaneció haciendo esto durante catorce días. Después me llamó y me dijo: “Sígueme”. Salimos y nos internamos en el desierto. Tuve sed y dije: “Abba, tengo sed”. Tomando el anciano mi melota, se apartó la distancia de un tiro de piedra, y después de orar, me la devolvió llena de agua. Proseguimos nuestra marcha y llegamos a una cueva. Al entrar en ella encontramos un hermano sentado, haciendo una cuerda, y no nos miraba ni saludaba, ni quiso en manera alguna cambiar palabra con nosotros. Me dijo el anciano: “Vayámonos de aquí; tal vez no le fue revelado al anciano que hablase con nosotros”. Marchamos hasta Lyco, y llegamos a lo de abba Juan. Lo saludamos e hicimos la oración. Después, sentándose, conversaron acerca de las visiones que habían tenido. Dijo abba Besarión: “Ha salido un edicto para que destruyan los templos. Así fue, y han sido destruidos”. Cuando íbamos de vuelta, llegamos otra vez a la cueva en la que habíamos visto al hermano. Me dijo el anciano: “Entremos donde él está, por si Dios le ha inspirado que nos hable”. Entramos, y lo encontramos muerto. Me dijo entonces el anciano: “Ven, hermano, dispongamos su cuerpo. Para esto nos ha mandado hasta aquí el Señor”. Mientras lo preparábamos para la sepultura, vimos que era una mujer. Y se asombró el anciano, y dijo:

“Mira como hasta las mujeres triunfan sobre satanáas, mientras nosotros vivimos indignamente en las ciudades”. Glorificando a Dios, protector de los que lo aman, nos retiramos de allí.

160. Vino una vez a Escete un endemoniado, y se hizo por él oración en la iglesia, pero el demonio no salía: era, en efecto, duro. Dijeron los clérigos: “¿Qué le haremos a este demonio? Nadie puede expulsarlo, sino sólo abba Besarión, pero si se lo pedimos ni siquiera vendrá a la iglesia. Hagamos entonces así: él viene temprano a la iglesia, antes que todos; hagamos sentar al poseso en este lugar, y cuando él llegue, alcémonos para la oración y digámosle: Despierta al hermano, abba”. Así lo hicieron, y cuando el anciano hubo llegado, temprano (según acostumbraba), se levantaron para la oración y le dijeron: “Despierta al hermano”. El anciano le dijo: “Levántate, sal fuera”. Y en seguida salió el demonio de él, y quedó curado desde ese momento.

161. Dijo abba Besarión: “Durante cuarenta días con sus noches permanecí de pie entre espinas, sin dormir”.

162. Un hermano, que había pecado, era expulsado de la iglesia por el presbítero. Abba Besarión, levantándose, salió con él diciendo: “También yo soy pecador”.

163. El mismo abba Besarión dijo: “Durante cuarenta años no me he acostado, sino que dormí siempre sentado o de pie”.

164. Dijo el mismo: “Si estás en paz y no tienes que luchar, entonces humíllate más, no sea que nos elevemos por una alegría que viene de afuera, y caigamos en la lucha. Pues a menudo Dios no permite que seamos entregados a los combates, a causa de nuestra debilidad, para que no perezcamos”.

165. Un hermano que vivía con otros hermanos preguntó a abba Besarión: “¿Qué he de hacer?”. Respondióle el anciano: “Calla, y no te midas a ti mismo”.

166. Decía al morir abba Besarión: “El monje debe ser como los querubines y serafines: todo ojo”.

167. Contaban los discípulos de abba Besarión que su vida fue como la de un pájaro del aire, o de un pez o animal terrestre, pues pasó todo el tiempo de su vida sin molestia ni inquietud. No tenía preocupación por la casa ni el deseo de un lugar pareció poseer su espíritu, así como tampoco la abundancia de alimentos, la posesión de viviendas ni la frecuentación de libros, sino que parecía totalmente libre de las pasiones del cuerpo, alimentándose con la esperanza de las cosas futuras, fortalecido con la firmeza de la fe, paciente como un prisionero que es llevado de aquí para allá, permaneciendo en el frío, la desnudez, y quemado por el ardor del sol, siempre al aire libre. Se desgarraba en los precipicios de los desiertos como un vagabundo, y a veces le pareció bien dejarse llevar como sobre el mar a regiones distantes y desoladas. Si le acontecía llegar a regiones más templadas, donde monjes viven en comunidad una vida semejante, lloraba sentado fuera de las puertas, y se lamentaba como un náufrago arrojado a tierra. Después, si salía uno de los hermanos y lo encontraba sentado como un mendigo de los que hay en el mundo, y se le acercaba y le decía compasivo: “¿Por qué lloras, hombre? Si tienes necesidad de algo, lo recibirás en la medida de lo posible; solamente entra, comparte nuestra mesa y consuélate”, él respondía: “No puedo detenerme bajo un techo hasta que no encuentre los bienes de mi casa”. Decía, en efecto, que había perdido grandes riquezas de varios modos. “También caí en manos de piratas, y naufragué, y caí de mi nobleza original, de glorioso que era me he vuelto indigno”. El hermano, conmovido por sus palabras, entró a buscar un pedazo de pan y se lo dio, diciendo: “Toma esto, padre; Dios te dará lo demás que tú dices: patria, nobleza y riqueza”. Mas él lamentándose aún más, con un gran suspiro agregaba: “No puedo decirte si podré encontrar esos bienes nuevamente, pero yo estoy todavía más afligido, soportando diariamente los peligros de la muerte, sin descanso por mis grandes calamidades. Pues tengo que viajar sin fin, hasta consumir mi carrera”.

ABBA BENJAMIN

Este abba Benjamín, sacerdote del desierto de las Celdas, no debe identificarse con el monje de Nitria, que según el capítulo 12 de la Historia lausíaca, murió hidrópico después de ochenta años de vida eremítica.

168. Dijo abba Benjamín: “Cuando bajamos hacia Escete después de la cosecha, nos trajeron la paga desde Alejandría, un recipiente de aceite para cada uno. Cuando se presentaba nuevamente el tiempo de la cosecha, los hermanos llevaban lo que les había sobrado a la iglesia. Mas yo no abrí mi recipiente, sino que lo perforé con una aguja y saqué poco, y en mi corazón pensaba que había hecho una gran obra. Pero cuando los hermanos trajeron sus recipientes tal como los habían recibido, mientras que el mío estaba perforado, tuve tanta vergüenza como si hubiese fornicado”.

169. Dijo abba Benjamín, presbítero de Kellia: “Fuimos a Escete para ver a un anciano, y quisimos llevarle un poco de aceite. El nos dijo: Mirad dónde puse el pequeño recipiente que me trajisteis hace tres años; como lo trajisteis, así quedó. Al oír esto, nos admiramos de la vida del anciano”.

170. Dijo el mismo: “Fuimos a ver a otro anciano, que nos retuvo a comer. Nos ofreció aceite de rabanitos. Le dijimos: Padre, danos un poco de aceite del bueno. Al oírlo, se hizo la señal de la cruz y dijo: Yo no sé si hay otro aceite fuera de éste”.

171. Abba Benjamín dijo a sus hijos al morir: “Haced esto y os salvaréis: alegraos siempre; orad incesantemente; en todo dad gracias”.

172. Dijo el mismo: “Id por la vía regia; recorred los mojones y no seáis mezquinos”.

ABBA BIARE

Nada sabemos de este monje.

173. Interrogó uno a abba Biare: “¿Qué debo hacer para salvarme?”. Le dijo: “Ve, haz pequeño tu vientre, pequeño tu trabajo manual y no te inquietes en tu celda. Así te salvarás”.

LETRA GAMMA

ABBA GREGORIO EL TEOLOGO (NACIANCENO)

Junto a su gran amigo Basilio, también Gregorio Nacianceno fue admitido en el canon de los apotegmas, recibiendo el título de “abba”. Gregorio proviene de una familia noble y cristiana de Capadocia y gran parte de su formación la obtuvo junto a Basilio. Compartió con él la experiencia de vida monástica junto al Ponto (358), trabajó junto a su padre, obispo de Nazianzo y llegó a ser obispo él mismo y en el año 380, patriarca de Constantinopla. Pero muy pronto renunció, muriendo en 389 ó 390. Escribió numerosos “Discursos teológicos”.

174. Dijo abba Gregorio: “Dios pide estas tres cosas de todo hombre que ha recibido el bautismo: en su alma, una fe recta, verdad en la lengua y templanza en el cuerpo”.

175. Dijo también: “Para los que son poseídos por el deseo, un día es como toda la vida de un hombre”.

ABBA GELASIO

Gelasio, que había sido anacoreta en su juventud, fundó hacia mediados del siglo V, un monasterio cenobítico en las cercanías de Nicópolis de Palestina. Junto con san Eutimio defendió la fe ortodoxa de Calcedonia y al obispo Juvenal de Jerusalén, en contra del intruso Teodosio. En el apotegma número 177 aparece san Simeón, el Estilita.

176. Decían acerca de abba Gelasio que tenía un libro en cuero, valuado en dieciocho monedas, en el que estaba escrito todo el Antiguo y el Nuevo Testamento, y quedaba en la iglesia para que lo leyese aquél de los hermanos que quisiera hacerlo. Vino un her-

mano extranjero para visitar al anciano, y al ver el códice, deseó tenerlo y, robándolo, se marchó. El anciano no fue en su seguimiento, aunque entendió la cosa. Entretanto, fue el otro a la ciudad y buscaba venderlo, y encontró a uno que lo quería comprar, y le pidió dieciséis monedas. Mas el comprador le dijo: "Dámelo antes, para hacerlo ver, y después te pagaré". Se lo dio, y él lo tomó y lo llevó a abba Gelasio para que lo viera y se pronunciase sobre el precio que pedía el vendedor. El anciano le dijo: "Cómpralo, porque es bueno y vale el precio que dijiste". Fue el hombre y al vendedor le dijo otra cosa, no lo que hablara el anciano: "Le mostré el libro a abba Gelasio, y me dijo que es demasiado, pues no vale el precio que dijiste". Al oírlo le preguntó: "¿El anciano no dijo nada más?". Respondió: "No". Le dijo entonces: "Ya no quiero venderlo". Arrepentido, fue a pedir perdón al anciano, y le rogó que aceptase el códice. Mas el anciano no lo quería recibir. Le dijo entonces el hermano: "Si no lo tomas, yo no tendré paz". Le respondió el anciano: "Si no vas a tener paz, entonces lo acepto". Y el hermano permaneció en ese lugar hasta su muerte, edificado por la obra del anciano.

177. Al mismo abba Gelasio le fue legada una celda con un campo vecino por un anciano, monje también él, que moraba cerca de Nicópolis. Un campesino de un tal Vacatos, que habitaba antes en Nicópolis de Palestina, como era pariente del anciano fallecido, acudió al nombrado Vacatos y le rogaba que tomase esa propiedad que le correspondía por la ley. Entonces él, pues era violento, intentaba arrebatar por la fuerza la tierra a abba Gelasio. Mas abba Gelasio no cedía, no queriendo entregar a un secular una celda monástica. Al ver Vacatos que los animales (de carga) de abba Gelasio se llevaban las aceitunas del campo que le legaran, los tomó por la fuerza, llevando las aceitunas a su casa y apenas si devolvió los animales con sus conductores. El bienaventurado anciano no reclamaba los frutos, pero no abandonaba el dominio del campo por la razón antedicha. Indignado contra él, Vacatos que tenía además otros asuntos que tratar (pues era pleiteador), marchó hacia Constantinopla, viajando a pie. Al llegar cerca de Antioquía, donde brillaba por entonces como una gran luminaria san Simeón, oyendo hablar de él (pues superaba las condiciones humanas), quiso, como cristiano que era, ver al santo. Al divisarlo san Simeón desde la columna, apenas entró en el monasterio, le preguntó: "¿De dónde eres y adónde vas?". Le respondió: "Soy de Palestina

y voy a Constantinopla”. Le dijo: “¿Y por qué causa?”. Respondió Vacatos: “Por muchas razones, y espero, por las oraciones de tu santidad, regresar y venerar tus sagradas huellas”. Le dijo entonces san Simeón: “No quieres decir, hombre desgraciado, que vas para actuar contra el varón de Dios. Pero no te será propicio el camino ni volverás a ver tu casa. Si aceptas mi consejo, vuélvete de aquí mismo a tu lugar y arrepíentete, si llegas vivo hasta allí”. En seguida lo tomó la fiebre, y sus acompañantes lo pusieron en una litera y se apresuraron a llevarlo a su región, de acuerdo a lo dicho por san Simeón, para pedir perdón a abba Gelasio. Pero alcanzó Berito y murió, y no llegó a ver su casa como le profetizara el santo. Esto y la muerte de su padre relató su hijo, llamado Vacatos también él, a hombres dignos de crédito.

178. Muchos de sus discípulos relataron también lo siguiente: “Les habían dado una vez un pescado, y el cocinero lo llevó al encargado después de haberlo freído. Por un asunto tuvo que salir el encargado, y dejó el pescado en un recipiente, en el suelo, y pidió al joven discípulo de abba Gelasio que lo cuidase por un momento, hasta su regreso. El niño, tentado por la gula, se precipitó con avidez para comer el pescado. Entró el encargado y lo halló comiendo, y sin considerar lo que hacía, movido por la ira, le dio un puntapié al niño que estaba sentado en el suelo. Este, por obra de un espíritu, murió. El ecónomo, atemorizado, lo recostó en su propio lecho, lo cubrió y fue a echarse a los pies de abba Gelasio, anunciándole lo que había sucedido. Este, después de recomendarle que no lo dijera a nadie, mandó que cuando todos se hubieran retirado a descansar, por la tarde, lo llevara al *diaconicón*, lo pusiera frente al altar y se retirase. A la hora de la salmodia nocturna, estando reunidos los hermanos, salió el anciano acompañado por el joven. Nadie supo lo que había sucedido, sino él y el ecónomo, hasta su muerte”.

179. Decían acerca de abba Gelasio, no sólo sus discípulos, sino muchos de los que frecuentemente acudían a él, que en tiempos del sínodo ecuménico congregado en Calcedonia, Teodosio, el que animara en Palestina el cisma de Dióscoro, adelantándose a los obispos que regresaban a sus iglesias (pues él también estaba en Constantinopla, expulsado de su patria porque era feliz suscitando tumultos), se presentó a abba Gelasio en su monasterio, hablando

contra el sínodo, como si la doctrina de Nestorio hubiera salido triunfante; de este modo juzgaba él que podría seducir al santo y atraerlo a la compañía de su error y al cisma. Mas él, por la actitud del hombre y por la prudencia recibida de Dios, comprendió su mala intención y no se unió a su apostasía, como hicieron casi todos entonces, sino que lo expulsó indignamente como correspondía. En efecto, hizo venir en medio al discípulo que había resucitado de entre los muertos y habló (al visitante) con mucho respeto de esta manera: “Si quieres discutir acerca de la fe, tienes a éste que te escuchará y dialogará contigo; yo no tengo tiempo para escucharte”. Con estas palabras, lleno de confusión, irrumpió en la ciudad santa, atrajo a su partido a todos los monjes, con apariencia de celo divino. Atrajo también a la Augusta, que se encontraba entonces allí, y de ese modo, con su ayuda, se apoderó por la violencia del trono de Jerusalén, valiéndose de crímenes, y perpetró otras cosas contra las leyes y los cánones, como hasta hoy recuerdan muchos. Después, como quien ha recibido la potestad, y habiendo conseguido su fin, impuso las manos a muchos obispos, invadiendo las sedes de los obispos que aun no habían regresado. Llamó también a abba Gelasio y lo invitó al santuario, buscando seducirlo a la vez que lo temía. Cuando hubo entrado en el santuario, le dijo Teodosio: “Anatematiza a Juvenal”. Impávido le respondió: “No conozco más obispo de Jerusalén que Juvenal”. Temiendo Teodosio que otros imitasen su celo piadoso, mandó que lo echasen de la iglesia. Los cismáticos pusieron a su alrededor maderas, amenazando quemarlo. Pero viendo que ello no le hacía ceder ni les tenía miedo, y temiendo una revuelta del pueblo, pues era hombre famoso (todo venía de lo alto, de la providencia), despacharon sano al mártir, que por sí mismo se había ofrecido a Dios.

180. Acerca del mismo se decía que en su juventud profesó vida pobre y solitaria. Había entonces muchos otros hombres en ese lugar, que habían abrazado con él la misma vida. Entre ellos se encontraba un anciano, de suma simplicidad y pobre, que habitaba en una celda apartada hasta su muerte, aunque tuvo un discípulo en la vejez. La ascesis de este hombre era no poseer dos túnicas, ni preocuparse con sus compañeros por la mañana, aun hasta la muerte. Cuando abba Gelasio comenzó, con la ayuda divina, a constituir su cenobio, le donaban muchos terrenos, y adquirió las bestias de carga y los bueyes necesarios para el monasterio. El mismo que ganó al divino Pacomio en el comienzo para la fundación

del cenobio, también aquí prestó su ayuda en las necesidades del monasterio. El anciano, viéndolo en estas cosas, y deseando salvar la caridad fraterna que por él sentía, le dijo: “Temo, abba Gelasio, que tu espíritu se ate a los campos y a las demás posesiones del cenobio”. Y le respondió: “Más atado está tu espíritu a la aguja con que trabajas que el espíritu de Gelasio a sus bienes”.

181. Decían acerca de abba Gelasio que muchas veces fue molestado por el pensamiento de retirarse al desierto. Un día dijo a su discípulo: “Hazme la caridad, hermano, de soportar cualquier cosa que hiciere, y no me hables durante esta semana”. Tomando un bastón de palma comenzó a caminar por su recinto, y cuando se cansaba se sentaba un poco, y de nuevo se levantaba para caminar. Llegó la noche y dijo a su pensamiento: “El que camina por el desierto no come pan, sino hierbas. Tú, por tu debilidad, come algunas legumbres”. Después de esto dijo a su pensamiento: “El que vive en el desierto no duerme bajo techo sino bajo el cielo; haz tú lo mismo”. Y recostándose, durmió en el patio. Pasó tres días caminando por el monasterio, comiendo por las noches unas pocas hojas de achicoria y durmiendo por las noches a la intemperie, hasta que se fatigó, e increpando al pensamiento que lo molestaba, argumentó contra sí mismo diciendo: “Si no puedes hacer el trabajo del desierto, siéntate en tu celda con paciencia, llorando tus pecados, y no vagues. Pues el ojo de Dios ve en todo lugar las obras de los hombres y nada se le oculta, sino que conoce a los que hacen el bien”.

ABBA GERONCIO

Este Geroncio, monje de Petra, no debe confundirse con el capellán y biógrafo de santa Melania la Joven, en la primera mitad del siglo V.

182. Dijo abba Geroncio, el de Petra, que muchos, tentados por los placeres corporales, pecan, no con sus cuerpos sino con el pensamiento, y conservando la virginidad en el cuerpo, fornican con el alma. “Es bueno, pues, queridos, cumplir lo que está escrito, y cada uno conserve su corazón con toda vigilancia”.

LETRA DELTA

ABBA DANIEL

Daniel fue, junto con Alejandro y Zoilo, sus compatriotas de Farán, discípulo del gran Arsenio. Cuando la segunda devastación de Escete en 434, dejó con ellos aquel lugar de santidad. Al morir Arsenio en 439, dejó a Daniel su túnica, su cilicio y sus sandalias.

183. Decían acerca de abba Daniel que cuando llegaron a Escete los bárbaros, huyeron los Padres, y dijo el anciano: “Si Dios no me protege, ¿para quién vivo entonces?”. Y pasó en medio de los bárbaros, que no lo vieron. Se dijo entonces: “Dios me ha protegido y no he muerto. Haz tú también lo de los hombres y huye como los Padres”.

184. Interrogó un hermano a abba Daniel diciendo: “Dame un solo mandato y lo guardaré”. Le respondió: “Nunca pongas tu mano en el plato con una mujer ni comas con ella, y con esto te alegrarás un poco del demonio de la fornicación”.

185. Dijo abba Daniel: “Había en Babilonia una hija de un notable que estaba poseída por un demonio. El padre tenía gran afecto por un monje, el cual le dijo: Nadie puede curar a tu hija sino los solitarios que yo conozco, pero si les pides a ellos no aceptarán hacerlo, por humildad. Hagamos más bien esto: cuando vengán a la plaza, haz como los que desean comprar sus canastos, y cuando se presenten para recibir su precio le diremos que hagan oración, y confío que sanará”. Saliendo pues a la plaza encontraron a uno de los discípulos de los ancianos que estaba sentado vendiendo sus canastos, y lo llevaron con sus canastos como para recibir su precio. Cuando el monje llegó a la casa, salió la endemoniada y le dio una bofetada. El le ofreció la otra mejilla, según el mandamiento del Señor, y el demonio, dolorido, gritó: “¡Oh, violencia! ¡El mandato del Señor me expulsa!”. Quedó en seguida lim-

pia la mujer. Cuando llegaron los ancianos les anunciaron lo sucedido. Ellos glorificaron a Dios y decían: “Es normal que la soberbia del diablo caiga por la humildad del mandamiento de Cristo”.

186. Dijo otra vez abba Daniel: “Cuanto el cuerpo se fortalece, se debilita el alma, y cuanto disminuye el cuerpo, se fortalece el alma”.

187. Caminaban una vez abba Daniel y abba Amoes. Y abba Amoes dijo: “¿Cuándo estaremos nosotros también sentados en la celda, padre?”. Le dijo abba Daniel: “¿Quién nos quita a Dios ahora? Dios está en la celda, y también afuera está Dios”.

188. Contaba abba Daniel: “Cuando estaba abba Arsenio en Escete había allí un monje que robaba los objetos que poseían los ancianos. Abba Arsenio lo tomó en su celda, deseando ganárselo y dar tranquilidad a los ancianos, y le dijo: Te daré lo que quieras, pero no robes. Le dio oro, dinero, vestidos, y todo lo que necesitaba. Mas él salía y seguía robando. Los ancianos entonces, viendo que no se aquietaba, lo expulsaron, diciendo: Si un hermano tiene la enfermedad del pecado, es necesario soportarlo, pero si roba, expulsadlo pues perjudica su alma y molesta a todos los que están en ese lugar”.

189. Abba Daniel de Farán contaba: “Dijo nuestro padre abba Arsenio acerca de un escetista, que era grande en las obras pero simple en la fe. A causa de su simplicidad se engañaba, diciendo: No es realmente el cuerpo de Cristo lo que recibimos, sino una figura. Supieron los ancianos que decía esto, y conociendo que era grande en la vida pensaron que hablaba de esa manera sin malicia, sino por simplicidad, y fueron adónde estaba él y le dijeron: Abba, hemos oído acerca de una palabra contraria a la fe de uno que dice que el pan que recibimos no es verdaderamente el cuerpo de Cristo sino una figura. Dijo el anciano: Yo soy el que ha dicho eso. Ellos lo amonestaron diciendo: No sostengas eso, abba, sino lo que enseña la Iglesia católica. Nosotros creemos que este mismo pan es el cuerpo de Cristo y que esta bebida es la sangre de Cristo, verdaderamente, y no una figura. Como en el principio tomó polvo de la tierra y plasmó al hombre a su imagen, y nadie puede decir que no es la imagen de Dios, aunque sea incomprensible, así este pan del

que dijo: Es mi cuerpo, creemos que es verdaderamente el cuerpo de Cristo. Dijo el anciano: Si no me convence la cosa misma, no creeré. Le dijeron: Roguemos a Dios durante esta semana acerca de este misterio, y confiamos que Dios nos lo revelará. El anciano recibió con alegría la palabra, y oraba a Dios diciendo: Señor, tú sabes que no es por maldad que no creo; mas si es por ignorancia que me engaño, revélamelo, Señor Jesucristo. Se retiraron los ancianos a sus celdas, y rogaban también ellos a Dios, diciendo: Señor Jesucristo, revela al anciano este misterio para que crea y no pierda su esfuerzo. Y los oyó Dios. Se cumplió la semana y fueron a la iglesia el domingo, y se pusieron los tres juntos sobre una misma alfombra, el anciano en el medio. Se les abrieron los ojos, y cuando se puso el pan sobre la sagrada mesa, se les apareció a los tres, y sólo a ellos, un niño. Cuando el presbítero extendió la mano para partir el pan, bajó del cielo un ángel del Señor con una espada y tocó al niño, y vació su sangre en el cáliz. Cuando el presbítero partía el pan en pequeñas partículas, también el ángel cortaba al niño en pequeños pedazos. Y cuando fueron a recibir los sagrados misterios, solamente al anciano se le dio carne ensangrentada, y al verlo temió, y exclamó diciendo: Creo, Señor, que el pan es tu cuerpo y la bebida es tu sangre. Y en seguida, la carne que tenía en la mano se volvió pan, conforme al sacramento, y lo consumió dando gracias a Dios. Le dijeron los ancianos: Dios conoce la naturaleza humana, y sabe que no puede comer carne cruda, por eso transformó su cuerpo en pan y su sangre en vino para los que lo reciben con fe. Y agradecieron a Dios por el anciano, pues no permitió que pereciesen sus trabajos. Y se volvieron los tres con alegría a sus celdas”.

190. Narraba el mismo abba Daniel acerca de otro gran anciano, que vivía en el bajo Egipto, y afirmaba en su simplicidad que Melquisedec era hijo de Dios. Se lo anunciaron al bienaventurado Cirilo, arzobispo de Alejandría, quien mandó por él. Sabía que el anciano obraba milagros, y que se le revelaba cuanto pedía a Dios, y que lo que decía procedía de su simplicidad. Usó con él la habilidad, diciéndole: “Abba, te ruego, algunas veces me dice el pensamiento que Melquisedec es hijo de Dios, y otro pensamiento me dice que no, que es hombre y sacerdote de Dios. Como estoy en la duda acerca de esto, he mandado por ti, para que ruegues a Dios que te lo revele”. El anciano, confiando en su poder, dijo con segu-

ridad: “Dame tres días y pediré a Dios acerca de esto, y te diré lo que haya”. Retirándose, rogó a Dios por esta palabra, y vino después de tres días y dijo al bienaventurado Cirilo que Melquisedec era hombre. Le dijo el arzobispo: “¿Cómo lo sabes, abba?”. Le dijo: “Dios me mostró a todos los patriarcas, de modo que todos y cada uno pasaron delante mío, desde Adán hasta Melquisedec; puedes estar seguro de que así es”. De regreso, el mismo anciano decía que Melquisedec era hombre, y el bienaventurado Cirilo se alegró mucho.

ABBA DIOSCORO

Probablemente este Dióscoro de Nitria es uno de los cuatro “Hermanos largos”, envueltos en disputas origenistas con el patriarca Teófilo de Alejandría. Según la Historia lausiaca (capítulos 10 y 11), Melania la Mayor se encontró con Dióscoro en su visita a Egipto entre los años 373 y 374. Más tarde fue nombrado obispo de Hermópolis, cerca de Nitria y depuesto por supuestas simpatías origenistas. Murió en los primeros años del siglo V.

191. Dijeron acerca de abba Dióscoro, el de Najiaste, que su pan era de cebada y lentejas. Al principio de cada año se proponía una práctica, diciendo: “No veré a nadie este año, o no hablaré, o no comeré nada cocido, o no comeré frutas ni legumbres”. Y en todas sus obras hacía así; y cuando terminaba una, comenzaba otra, y cada año hacía de esta manera.

192. Preguntó un hermano a abba Pastor: “Me entristecen los pensamientos, haciéndome dejar de lado los pecados para fijarme en los defectos de mi hermano”. Y el anciano le contó que abba Dióscoro estaba una vez en la celda llorando por sí mismo. Su discípulo residía en otra celda. Cuando acudió al anciano lo encontró llorando, y le dijo: “Padre, ¿por qué lloras?”. El anciano le dijo: “Lloro mis pecados”. Le dijo su discípulo: “No tienes pecados, padre”. Le respondió el anciano: “En verdad, hijo, si me permitieran ver mis pecados no bastarían otros tres o cuatro para llorarlos”.

193. Dijo abba Dióscoro: “Si llevamos nuestra vestidura celestial, no nos encontraremos desnudos. Pero, si no nos encuentran llevando ese vestido, ¿qué haremos, hermanos? Oiremos también nosotros esa voz que dice: Echalo en la tiniebla exterior, allí será el llanto y el rechinar de dientes. Ahora pues, hermanos, grande es nuestra infamia, si después de llevar durante tanto tiempo el hábito (*sjéma*), somos hallados en la hora de la necesidad sin el traje de la boda. ¡Oh!, ¡cuánta penitencia se apoderará de nosotros! ¡Cuánta oscuridad caerá sobre nosotros, en presencia de nuestros padres y hermanos, que mirarán mientras nos torturan los ángeles del castigo!”.

ABBA DULAS

Es posible que se trate del discípulo del abad Besarión. Los dos apotegmas que se le atribuyen tiene marcado sabor evagriano.

194. Dijo abba Dulas: “Si el enemigo nos obliga a abandonar la *hesiquía*, no le prestamos oído, pues no hay nada igual a ella ni a la abstinencia de alimentos. Ambas se unen para ayudar contra él. Dan, en efecto, agudeza a la mirada interior”.

195. Dijo también: “Recorta la abundancia de afectos, no sea que la lucha contra tu espíritu sea grande y agite el régimen de tu *hesiquía*”.

LETRA EPSILON

SAN EPIFANIO, OBISPO DE CHIPRE

Nació hacia el año 315 en el Sur de Palestina y conoció en su juventud el ambiente monástico egipcio y a san Hilarión de Gaza. Después de haber sido monje y abad de un monasterio cerca de Eleutherópolis, entre Gaza y Jerusalén (Besanduk), fue elegido, en 367, obispo de Salamina en Chipre. De una ortodoxia inflexible, combatió todas las herejías de su tiempo, interviniendo también de manera poco feliz en el conflicto antiorigenista. Como su amigo san Jerónimo, Epifanio destaca la importancia del conocimiento de la Escritura para la vida espiritual. Murió el año 403.

196. Decía el obispo san Epifanio que, en presencia del bienaventurado Atanasio el grande, las cornejas que volaban junto al templo de Serapis graznaban continuamente: Cras, cras. Los griegos se pusieron delante del bienaventurado Atanasio y le gritaban: “Mal anciano, dinos ¿qué graznan las cornejas?”. Respondiendo les dijo: “Las cornejas graznan: Cras, cras. Cras significa mañana en la lengua de los ausonios (occidentales)”. Y agregó: “Mañana veréis la gloria de Dios”. Después se anunció la muerte del emperador Juliano. Cuando hubo sucedido esto clamaban los presentes contra Serapis, diciendo: “Si a ti no te gustaba, ¿por qué recibías sus ofrendas?”.

197. El mismo contaba que había un auriga en Alejandría, hijo de una mujer llamada María. Cayó éste en un combate ecuestre, se levantó después, pudo al que lo había derribado y venció. La plebe gritó: “El hijo de María cayó, se levantó y venció”. Estaban todavía diciendo esto, cuando llegó hasta la plebe un rumor sobre el santuario de Serapis: al regresar el gran Teófilo, derribó al ídolo de Serapis y se apoderó del templo.

198. Dijo al bienaventurado Epifanio, obispo de Chipre, el abad del monasterio que había sido suyo en Palestina: “Por tus plegarias no hemos descuidado nuestro orden, sino que con diligencia

celebramos tercia, sexta y nona”. El, reprendiéndolos, respondió: “Es claro que descuidáis las demás horas del día, cesando la oración. El verdadero monje debe tener sin cesar la oración y la salmodia en su corazón”.

199. Una vez, san Epifanio mandó llamar a abba Hilarión, diciendo: “Ven, veámonos antes de que salgamos del cuerpo”. Cuando se encontraron, se alegraron el uno con el otro. Comieron juntos, y les trajeron un ave. El obispo la tomó y se la dio a abba Hilarión. El anciano le dijo: “Perdóname, pero desde que he recibido el hábito no he comido carne sacrificada”. El obispo dijo: “Yo, en cambio, desde que recibí el hábito no dejé que nadie se durmiera teniendo algo contra mí, ni yo me he dormido con algo contra otro”. El anciano le dijo: “Perdóname, porque tu práctica (*politeía*) es superior a la mía”.

200. Dijo el mismo: “Melquisedec, imagen de Cristo, bendijo a Abraham, raíz de los judíos; cuánto más la verdad misma, Cristo, bendecirá y santificará a los que creen en él”.

201. Dijo el mismo: “La cananea llama, y es oída, la hermoísa calla, y es bendecida; el fariseo grita, y es condenado, el publicano no abre la boca, y es escuchado”.

202. Dijo el mismo: “El profeta David oraba tarde en la noche, a medianoche se despertaba, rogaba antes del alba, se levantaba al amanecer, suplicaba en la mañana, por la tarde y al mediodía pedía, por eso dijo: Siete veces al día te alabé”.

203. Dijo también: “Es necesario poseer aquellos libros cristianos que se pueden adquirir. Pues la sola vista de esos libros nos hace remisos para el pecado y nos dispone a crecer más en la justicia”.

204. Dijo también: “Gran precaución para no pecar es la lectura de las Escrituras”.

205. Dijo también: “Gran precipicio y abismo profundo es la ignorancia de las Escrituras”.

206. Dijo también: “Es gran traición para la salvación no conocer en absoluto la ley divina”.

207. El mismo dijo: “Los pecados de los justos están en sus labios, los de los impíos brotan de todo el cuerpo. Por eso canta David: Pon, Señor, una guardia en mi boca y custodia en mis labios. Observaré mis caminos, para no pecar con mi lengua”.

208. Fue interrogado el mismo: “¿Por qué son diez los preceptos de la Ley y nueve las bienaventuranzas?”. Y respondió: “El decálogo iguala en número a las plagas de Egipto; el número de las bienaventuranzas es el triplo de la figura de la Trinidad”.

209. Al mismo preguntaron: “¿Puede un solo justo aplacar a Dios?”. Respondió: “Sí, pues ha dicho: Buscad un hombre que viva en la justicia, y perdonaré a todo el pueblo”.

210. Dijo el mismo: “Dios perdona a los pecadores arrepentidos, como la prostituta y el publicano. A los justos les pide hasta los intereses. Esto dice a los apóstoles: Si no es más abundante vuestra justicia que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos”.

211. Esto dijo también: “Dios vende la justicia a los que la quieren comprar por un pequeño pedazo de pan, un traje humilde, un vaso de agua fresca, una moneda”.

212. Agregaba también esto: “Un hombre que recibe algo de otro a causa de su pobreza o por necesidad, está agradecido, pero lo devuelve en secreto porque se avergüenza. El Señor Dios es diferente: recibe en secreto, pero retribuye en presencia de los ángeles y arcángeles y de los justos”.

SAN EFREN

Los tres apotegmas atribuidos al gran santo siríaco, evidencian la irradiación hasta Egipto de su vida y obra. Efrén nació en

Nisibe en 306 y cuando esta ciudad se rindió a los persas, en 363, se trasladó a Edesa. Es el más importante de los Padres siríacos y el máximo poeta de la edad patrística.

213. Era todavía niño abba Efrén, y tuvo una visión: había nacido una viña en su lengua, creció y llenó todo lo que estaba bajo el cielo, y dio abundante fruto. Acudieron todos los pájaros del cielo y comieron del fruto de la viña, y a pesar de ello, aumentó su fruto.

214. Otra vez vio uno de los santos en una visión que una formación de ángeles descendía del cielo, por mandato de Dios, y llevaban en sus manos un volumen escrito por dentro y por fuera, y se decían unos a otros: “¿A quién tenemos que entregar esto?”. Respondían diciendo: “Hay santos y justos que lo son en verdad, pero nadie puede recibirlo sino sólo Efrén”. Y vio el anciano que entregaron el volumen a Efrén. Por la mañana, al levantarse, oyó a Efrén, como que una fuente manase de su boca, y comprendió que lo que salía de los labios de Efrén procedía del Espíritu Santo.

215. Otra vez, pasando Efrén, vino una meretriz a persuadirlo con sus halagos a un torpe comercio, o al menos a provocarle ira, pues nadie le había visto airado. El le dijo: “Sígueme”. Y cuando llegaron a un lugar frecuentado le dijo: “Ven, en este lugar será lo que deseas”. Ella, al ver a la multitud, dijo: “¿Cómo podremos hacerlo sin vergüenza en presencia de esta multitud?”. El respondió: “Si tenemos vergüenza de los hombres, cuánto más debemos avergonzarnos de Dios, que conoce lo oculto de las tinieblas”. Ella, confundida, se retiró sin hacer nada.

EUCARISTO, SEGLAR

Hay varios apotegmas, que como éste, ilustran la verdad de que la perfección no es monopolio de los monjes.

216. Dos padres rogaron a Dios les revelara qué medida habían alcanzado. Y llegó hasta ellos una voz que decía: “En tal lugar de

Egipto hay un seglar llamado Eucaristo, y su mujer se llama María. Todavía no habéis llegado vosotros a su medida". Se levantaron los dos ancianos y llegaron a la aldea, y preguntando encontraron su habitación, y en ella a su mujer. Le dijeron: "¿Dónde está tu marido?". Respondió ella: "Es pastor, y está apacentando las ovejas". Los hizo entrar en su celda. Al atardecer llegó Eucaristo con las ovejas, y al ver a los ancianos preparó la mesa para ellos, y trajo agua para que se lavaran los pies. Los ancianos le dijeron: "No gustaremos de esto si no nos dices cuál es tu obra". Respondió Eucaristo con humildad: "Soy pastor, y esta es mi mujer". Los ancianos insistían rogándole, mas él no quería hablar. Le dijeron: "Dios nos ha mandado a ti". Al oír esta palabra, temió y les dijo: "Estas ovejas las hemos recibido de nuestros padres, y si, por la misericordia del Señor, aumentan, hacemos tres partes: una para los pobres, otra para la hospitalidad y la tercera para nuestras necesidades. Desde que tomé mujer no hemos tenido relación; ella es virgen. Cada uno duerme por separado. De noche llevamos cilicios y de día nuestros vestidos. Hasta ahora nadie ha sabido esto". Al oírlo se admiraron, y se retiraron glorificando a Dios.

EULOGIO, PRESBITERO

No sabemos nada más de este sacerdote constantinopolitano, discípulo de san Juan Crisóstomo.

217. Cierta Eulogio, discípulo del bienaventurado obispo Juan, presbítero y gran asceta, ayunaba dos días seguido y a menudo extendía el ayuno por toda la semana, comiendo solo pan con sal; era celebrado por los hombres. Fue adonde estaba abba José en Panefo, esperando ver en él mayor austeridad. El anciano lo recibió con alegría y le dio cuanto tenía para confortarlo. Los discípulos de Eulogio dijeron: "El anciano no come sino pan con sal". Abba José empero comía callando. Pasaron allí tres días, y no los oían salmodiar u orar, pues obraban en secreto. Partieron al fin (los visitantes) sin aprovechar nada. Providencialmente se hizo oscuro, y después de haber estado vagando regresaron a la celda del anciano. Antes de llamar, los oyeron salmodiar, y aguardaron

durante un largo tiempo antes de llamar nuevamente. Cesando en su salmodia los recibieron con alegría. A causa del calor, los discípulos de Eulogio tomaron una vasija de agua que había allí, y se la dieron. Era una mezcla de agua de mar con agua del río, y no la pudo beber. Comprendiendo al fin, se echó a los pies del anciano, pues deseaba aprender su forma de vida, diciendo: “Abba, ¿qué es esto? Antes no salmodiabas, pero lo haces ahora después de nuestra partida; al tomar la vasija, encuentro agua salada”. El anciano respondió: “El hermano es un tonto, y por error mezcló con agua de mar”. Eulogio empero rogaba al anciano, pues deseaba conocer la verdad. El anciano entonces le dijo: “Aquel pequeño vaso de vino era por caridad, esta agua es la que beben los hermanos”. Y le enseñó el discernimiento de los pensamientos, y cortó de él todo lo humano. Se volvió en consecuencia discreto, y comía todo lo que le servían, y aprendió también a trabajar secretamente. Dijo entonces al anciano: “Realmente, vuestro trabajo es veraz”.

ABBA EUPREPIO

Fuera del apotegma número 224, que pertenece a Evagrio, todos los atribuidos a su nombre hablan de la pobreza y de la privación de los bienes materiales. El episodio de los ladrones ayudados por sus víctimas (n. 219) se encuentran en varios otros apotegmas.

218. Dijo abba Euprepio: “Seguro de que Dios es fiel y poderoso, cree en él y tendrás parte en sus bienes. Pero si te desanimas, no crees. Todos creemos que él es poderoso y que todo es posible para él. Pero confíale tus propios asuntos, porque también en ti hará signos”.

219. El mismo, una vez que estaban robando (en su celda), ayudaba a los ladrones a que le robaran. Cuando se llevaron todo lo que había adentro, olvidaron su bastón. Lo vio abba Euprepio y se entristeció, y tomándolo, corrió en pos de ellos para entregárselo. Ellos no lo quisieron tomar, temiendo que les sucediera algo. El rogó entonces a uno que viajaba por el mismo camino, que les llevara el bastón.

220. Dijo abba Euprepio: “Las cosas corporales son materiales. El que ama al mundo, ama los obstáculos. Si llegamos a perder algo, debemos recibir este suceso con alegría y alabanza, como que hemos sido liberados de preocupaciones”.

221. Un hermano interrogó a abba Euprepio acerca de la vida. El anciano le respondió: “Come hierba, lleva hierba, duerme en la hierba; es decir, desprecia todo y tendrás un corazón de hierro”.

222. Un hermano interrogó al mismo anciano, diciendo: “¿De qué modo llega al alma el temor de Dios?”. El anciano respondió: “Si el hombre tiene humildad y pobreza, y se abstiene de juzgar, posee el temor de Dios”.

223. Dijo también: “El temor y la humildad, la escasez de alimentos y el llanto permanezcan contigo”.

224. En sus comienzos, fue abba Euprepio donde un anciano y le dijo: “Abba, dime una palabra para que me salve”. Le respondió: “Si quieres salvarte, cuando encuentres a alguien no te adelantes a hablarle antes que él te pregunte”. El, lleno de compunción por esta palabra, hizo una metanía y dijo: “¡Aunque he leído muchos libros, no conocía todavía esta enseñanza!”.

ABBA ELADIO

Este monje del desierto de las Celdas era originario de Alejandría.

225. Decían acerca de abba Eladio que pasó veinte años en Kellia, y nunca levantó los ojos a lo alto para mirar el techo de la iglesia.

226. Decían acerca del mismo abba Eladio que comía pan y sal. Cuando llegaba la Pascua decía: “Los hermanos comen pan con sal; mas yo tengo que hacer un pequeño esfuerzo a causa de la Pascua. Puesto que los demás días como sentado, ahora, por ser Pascua, haré el esfuerzo y comeré de pie”.

226 A. (949) Un sábado se reunieron los hermanos con alegría para comer en la iglesia de Kellia. Cuando pusieron la fuente, comenzó a llorar abba Eladio de Alejandría. Abba Santiago le dijo: “¿Por qué lloras, abba?”. Le respondió: “Porque pasó la alegría del alma, que es el ayuno, y llegó la consolación del cuerpo”.

ABBA EVAGRIO

Evagrio Póntico, primer teórico de la vida monástica, nació en 345 en Ibora del Ponto. Fue ordenado lector por san Basilio y diácono por san Gregorio Nacianceno, a quien acompañó a Constantinopla. Participó en el gran Concilio, pero en 382 se fue a Jerusalén, donde fue curado de una grave enfermedad en el monasterio de santa Melania. Poco después se hizo anacoreta en Egipto, primero en el desierto de Nitria y dos años más tarde en el de las Celdas, donde fue discípulo de Macario de Alejandría. Escribió el “Tratado práctico” sobre la oración, el “Espejo de los monjes” y “Espejo de las monjas” y muchos otros escritos. Murió en Egipto en 399.

227. Dijo abba Evagrio: “Cuando estás en la celda, recoge tu espíritu: recuerda el día de la muerte, mira la mortificación del cuerpo; piensa en la calamidad, asume el esfuerzo, condena la vanidad del mundo, para poder permanecer siempre en el propósito de la *hesiquía* y no te debilites. Recuerda también cómo es el infierno, piensa cómo se encuentran allí las almas, en qué profundo silencio, en qué amargos gemidos, en qué temor, en qué lucha, en qué espera, con dolor inacabable y lágrimas incesantes del alma. Recuerda el día de la resurrección y de la presentación ante Dios. Imagina el juicio aquel, horrible y tremendo. Ten a la vista lo que está reservado para los pecadores: la vergüenza en la presencia de Dios y de los ángeles y arcángeles, y de todos los hombres, los suplicios, el fuego eterno, el gusano que no duerme nunca, el tártaro y las tinieblas, el rechinar de dientes, los terrores y los tormentos. Piensa también en los bienes que están reservados para los justos, la confianza con Dios Padre y con su Cristo, con los ángeles,

arcángeles y todo el pueblo de los santos, el reino de los cielos y sus riquezas, su alegría y su felicidad. Ten el recuerdo de todas estas cosas y del juicio de los pecadores. Llorar, aflígete, teme, no sea que tú también te encuentres entre ellos; alégrate y goza en lo que está destinado para los justos. Y si tratas de gozar de estas cosas, apártate de aquellas. Haz que nunca, dentro o fuera de la celda, se te borre esto, de modo que, gracias a este recuerdo, huyas de los pensamientos impuros y molestos”.

228. Dijo también: “Aparta de ti el afecto de muchos, para que tu alma no se distraiga, y se turbe el modo de tu *hesiquía*”.

229. Dijo también: “Es una gran cosa orar sin distracción, pero es aún más grande salmodiar sin distracción”.

230. Dijo también: “Recuerda siempre tu salida (de esta vida) y no olvides el juicio eterno, y no habrá delito en tu vida”.

231. Dijo también: “Suprime las tentaciones y nadie se salvará”.

232. Dijo también: “Un padre dijo: El alimento sobrio y regular, unido a la caridad, lleva pronto al monje al umbral de la impasibilidad”.

233. Hubo una reunión en Kellia para tratar de un asunto, y habló abba Evagrio. El presbítero le dijo: “Sabemos, abba, que si estuvieras en tu tierra, seguramente serías obispo y estarías a la cabeza de muchos, pero aquí vives ahora como extranjero”. El, arrepentido, no se turbó, sino que inclinó la cabeza y dijo: “Es verdad, abba: hablé una vez, pero no agregaré otra cosa”.

233 A. (950) Dijo también: El principio de la salvación es el conocimiento de sí mismo.

233 B. (951) Dijo también que otro anciano había dicho: Yo suprimo el placer cuando limito una excusa del alma. Pues sé que ésta lucha siempre con los placeres y me turba el espíritu y aleja al conocimiento.

233 C. (952) Dijo también que un hermano preguntó a uno de los ancianos si le permitía comer con la madre y las hermanas, yendo a su casa. El dijo: No comas con una mujer.

ABBA EUDEMON

Como el abad Pafnucio sucedió a Macario a la cabeza de los monjes de Escete en el año 390, es después de esa fecha que debemos situar la escena que narra el apotegma de Eudemon.

234. Dijo abba Eudemon acerca de abba Pafnucio, el Padre de Escete: “Fui allí cuando era joven, y no me permitió quedar diciendo: No quiero que haya en Escete un rostro de mujer, por el combate del enemigo”.

LETRA ZETA

ABBA ZENON

Este Zenón fue discípulo de abba Silvano y monje en Escete, siguiendo a su maestro a Palestina y Siria. Hacia el fin de su vida se hizo recluso cerca de Gaza, donde murió hacia el 451.

235. Dijo abba Zenón, discípulo del bienaventurado Silvano: “No habites en un lugar renombrado, no permanezcas con un hombre de gran reputación ni echés cimientos para edificarte una celda”.

236. Decían acerca de abba Zenón que, al comienzo, no quería recibir nada de nadie. Los que le llevaban cosas se alejaban tristes, porque no las recibía, y los que iban a verlo, esperando recibir algo de él, como de un gran anciano, también se retiraban tristes, porque no tenía qué darles. Dijo el anciano: “¿Qué haré? Pues se entristecen los que traen, y también los que desean recibir. Conviene pues hacer esto: si alguien trae algo, lo recibiré, y al que pide, le daré”. Obrando de esta manera tuvo paz y satisfizo a todos.

237. Vino un hermano egipcio a Siria para visitar a abba Zenón, y se acusaba de sus propios pensamientos ante el anciano. Este, admirado, dijo: “Los egipcios ocultan las virtudes que adquieren y se acusan continuamente de los defectos que no tienen. Los sirios y los griegos, en cambio, afirman tener las virtudes que no poseen y ocultan los defectos que tienen”.

238. Acudieron a él unos hermanos y lo interrogaron, diciendo: “¿Qué quiere decir lo que está escrito en el libro de Job: El cielo no es puro en su presencia?”. Respondió el anciano: “Los hermanos han descuidado sus pecados y preguntan acerca del cielo. Esta es la explicación de la palabra: solo él es puro, por eso dice: El cielo no es puro”.

239. Decían acerca de abba Zenón que cuando residía en Escete, salió una noche de su celda para ir al lago. Y estuvo marchando sin rumbo durante tres días y tres noches. Al fin se cansó y, debilitado, cayó como un moribundo. Y he aquí que se detuvo junto a él un niño, que tenía un pan y un jarro con agua, y le dijo: “Levántate, come”. El, levantándose, oró, pues creía que se trataba de una visión. El niño le dijo: “Hiciste bien”. Y oró nuevamente, por segunda y tercera vez. Le dijo: “Hiciste bien”. El anciano se levantó, comió y bebió. Después de esto le dijo: “Tanto te has alejado de la celda cuanto has caminado, pero levántate y sígueme”. Y en seguida encontró su celda. El anciano le dijo: “Entra y ora conmigo”. Mas cuando entró el anciano, el otro se volvió invisible.

240. En otra ocasión caminaba el mismo abba Zenón en Palestina, y, cansado, se sentó para comer cerca de una plantación de pepinos. Su pensamiento le dijo: “Toma un pepino y cómelo. En efecto, ¿qué es?”. El dijo en respuesta a su pensamiento: “Los ladrones van al tormento. Pruébate ahora, si puedes soportar el tormento”. Y levantándose, estuvo al sol durante cinco días. Cuando estuvo todo quemado dijo: “No puedes soportar el suplicio”. Y dijo a su pensamiento: “Si no lo puedes, no robes ni comas”.

241. Dijo abba Zenón: “El que quiera que Dios escuche velozmente su oración, cuando se levante y extienda sus manos hacia Dios, ante todo y antes de hacerlo por su propia alma, ore de corazón por sus enemigos. Por esta acción, todo lo que pidiere a Dios será escuchado”.

242. Decían que en cierta aldea había un hombre que ayunaba mucho, de modo que lo llamaban el ayunador. Habiendo oído hablar de él, abba Zenón lo hizo ir adonde él estaba. Fue él con alegría y, hecha la oración, se sentaron. Comenzó el anciano a trabajar en silencio. El ayunador, que no encontraba la manera de conversar con él, comenzó a ser molestado por la acedia. Dijo al anciano: “Ruega por mí, abba, porque quiero retirarme”. Le dijo el anciano: “¿Por qué?”. Respondió: “Porque mi corazón está como ardiendo y no sé qué tiene. Mientras estaba en la aldea ayunaba hasta la tarde y nunca me sucedió esto”. Le dijo el anciano: “En la aldea te alimentaban por las orejas, pero vete, y desde ahora come a la hora novena, y todo lo que hagas, hazlo en lo oculto”.

Cuando empezó a hacerlo, esperaba con aflicción hasta la hora novena. Los que lo conocían decían: “El ayunador está endemoniado”. Fue a contarlo todo al anciano, y éste le dijo: “Este es el camino según Dios”.

ABBA ZACARIAS

Zacarías llegó muy joven al desierto de Escete, llevado por su padre Carión. Su juventud es narrada en el apotegma número 441, bajo el nombre de Carión. Fue muy apreciado por Macario, Moisés y Pastor. Parece que murió joven.

243. Dijo abba Macario a abba Zacarías: “¿Dime, cuál es la obra del monje?”. Respondió: “¿A mí me preguntas, Padre?”. Le dijo abba Macario: “Me han asegurado acerca de ti, hijo mío, Zacarías. Es Dios quien me inspira para que te interrogué”. Le dijo Zacarías: “Por mi parte, Padre, el que se hace violencia en todo, ése es monje”.

244. Fue una vez abba Moisés a buscar agua, y encontró a abba Zacarías orando junto al pozo, y el Espíritu de Dios estaba sobre él.

245. Dijo una vez abba Moisés al hermano Zacarías: “Dime qué tengo que hacer”. Al oír esto, se echó por tierra a sus pies, diciendo: “¿Tú me preguntas, Padre?”. Le dijo el anciano: “Créeme, hijo mío, Zacarías, vi al Espíritu Santo que descendía sobre ti, y por eso estoy forzado a interrogarte”. Tomó entonces Zacarías la cogulla de su cabeza, la puso bajo sus pies y, pisándola, dijo: “Si el hombre no es pisoteado así, no puede ser monje”.

246. Estaba abba Zacarías en Escete y vino a él una visión. Fue a comunicárselo a su abba, Carión. Mas el anciano, que era un asceta, no actuó con prudencia en este asunto, y levantándose, lo castigó, diciéndole que procedía de los demonios. Le quedaba sin embargo el pensamiento, y levantándose, fue de noche hasta donde estaba abba Pastor, y le contó lo sucedido, y cómo se consumía interiormente. Viendo el anciano que procedía de Dios, le dijo:

“Ve adonde está el anciano tal, y será lo que él te diga”. Fue adonde estaba el anciano, y antes de que él preguntase nada, adelantándose, le dijo todo, y que la visión venía de Dios. “Pero ve, y somételo a tu Padre”.

247. Abba Pastor dijo que abba Moisés preguntó a abba Zacarías, que estaba ya cerca de la muerte: “¿Qué ves?”. Y respondió: “¿No es mejor callar, Padre?”. Le dijo: “Sí, hijo, calla”. En la hora de su muerte, abba Isidoro, que estaba sentado, miró al cielo y dijo: “Alégrate, Zacarías, hijo mío, porque se te han abierto las puertas del reino de los cielos”.

LETRA ETA

ABBA ISAIAS

Hay que distinguir varios abba de este nombre. Además de los nombrados en el capítulo 14 de la "Historia lausiaca" y en el capítulo 11 de la "Historia de los monjes", hay que tomar en cuenta a Isaías de Gaza, autor de los "Discursos ascéticos", del siglo V. La mayoría de los presentes apotegmas pueden relacionarse con la obra de Isaías de Gaza. En cambio los apotegmas números 251, 252 y 253 pueden atribuirse a Isaías de Escete.

248. Dijo abba Isaías: "Nada es tan útil para el principiante como la injuria. Como el árbol que es regado cada día, así es el principiante que es injuriado, y lo soporta".

249. Dijo también a los que comienzan bien y están sometidos a los santos Padres: "Como sucede con la púrpura, la primera tintura no se pierde". Y: "Como los ramos tiernos fácilmente se enrollan y se doblan, así son los principiantes que están en la sumisión".

250. Dijo también: "El principiante que pasa de monasterio en monasterio, es como un animal que salta de un lado para otro por miedo al bozal".

251. Dijo también que el presbítero de Pelusio, celebrándose una vez el ágape, y mientras estaban los hermanos en la iglesia, comiendo y conversando entre sí, les reprochó diciendo: "Callad, hermanos. He visto yo a un hermano que come con vosotros, y que bebe tantos vasos como vosotros, y su oración sube como incienso en la presencia de Dios".

252. Decían de abba Isaías que tomó una vez una rama y fue a la era, y dijo al propietario: "Dame trigo". Le respondió: "Entonces, ¿tu cosechaste, abba?". Dijo: "No". Le dijo el propietario: